

AC 01 145

El siglo XX es demasiada materia y requiere un esfuerzo de condensación y esquematización importante introducir todo este periodo en tan breve espacio radiofónico. Por ello, hemos de contentarnos con dar unas directrices generales en torno a las corrientes de cultura que de alguna manera afecten a nuestra literatura. Buscando resolver la paradoja y tratando de explicar lo mejor posible las directrices culturales y sociales que producen una determinada literatura e intentando representar todos los géneros, hemos seleccionado una serie de textos que esperamos aproximen a nuestros alumnos a los problemas que propician o favorecen el desarrollo cultural.

Todos los investigadores de la época coinciden con la idea de que la mentalidad de los escritores en las dos primeras décadas del siglo XX viene a ser como una prolongación del último cuarto de siglo, es decir, de los últimos 25 años del siglo XIX. España, a lo largo de estas fechas, se ha manifestado alejada de Europa, no participa en las guerras mundiales, pero padece sus guerras interiores que le van a conmocionar en gran medida, la guerra de África, la guerra civil y también en sus reacciones periódicas. Si disfrutó de una cierta paz exterior, una vez que perdió las colonias, tuvo en cambio una fuerte conflictividad interna, producida por una desigualdad social a todas luces injusta y por el descontento permanente que se sentía en la nación ante la guerra de Marruecos.

En las ciudades más importantes como Madrid, Barcelona, la industrialización elevaría el nivel de vida, pero también las inquietudes sociales. Aparecerían las distintas organizaciones obreras con sus respectivos sindicatos que reivindicarían formas de vida más justas, mejores salarios. Anarquistas, socialistas y tras los años 20 las distintas agrupaciones comunistas mantendrían una lucha constante con una patronal dura e intransigente.

En 1909 la semana trágica de Barcelona se explica por la dureza de las posiciones encontradas. Nuestros intelectuales no permanecerán ajenos a todas estas circunstancias. Los agrupados en torno al apelativo de generación del 98 nos mostrarán el estado precario de una España empobrecida que aún se sueña imperial y poderosa.

Azorín nos dará cuenta de una Castilla arcaica y polvorienta, sin apenas caminos que la crucen, describirá paisajes y figuras quietas, ensimismadas en sueños de grandeza. Parínclán dará una descarnada visión de su Galicia y una humorística retrospectiva de un pasado reciente cargado de fulgores modernistas. La corte de los milagros será la Isabel II, las guerras carlistas, baza de espadas, cara de plata, luces de bohemia.

Máximo Estrella, el novelista fracasado y orgulloso de su fracaso, un alter ego del propio Valleclán. Baroja dará cuenta de la situación de las gentes que habitan los arrabales madrileños y sus condiciones infrahumanas de subsistencia. En la trilogía La lucha por la vida, la busca, mala hierba, aurora roja, y también narrará las tribulaciones de su hipuzcoa, el contrabando, la vida de las instituciones eclesiásticas, el mayor argo de la obra, Zalacaín el aventurero, las

aventuras de Santiandía.

Su narrativa es sincopada, directa, impresionista, estremecedora en ocasiones. Estos escritores tratarán de resaltar la forma, la manera que constituye el ser hispano. Unamuno, el profesor de griego, filósofo, existencialista, en debate permanente entre la inutilidad de la vida y la necesidad de la trascendencia.

San Manuel Bueno y Mártir, el cura agnóstico que pretende hacer a todos felices predicando una verdad en la que no cree. Amor y pedagogía, unos padres que provocan el suicidio de su hijo por educarlos conforme a las perceptivas liberales de la escuela nueva, un ataque soterrado a la institución libre de enseñanza. La tía Tula, la maternidad frustrada por los prejuicios.

Machado, don Antonio, profesor de francés, unas veces poeta lírico, intimista, esencialmente humano. Otras, poeta civil, imprecador y esperanzado, que inspirará a todos los poetas sociales posteriores a la guerra civil española. Juan de Mairena es su obra reflexiva, escrita bajo un talante entre filosófico y humorístico.

La subtitula Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo. Nos lo describe el propio autor. Juan de Mairena es un filósofo amable, un poco poeta y un poco escéptico, que tiene para todas las debilidades humanas una benévola sonrisa de comprensión y de indulgencia.

Le gusta combatir el snob de las modas en todas las materias. Mira las cosas con su criterio librepensador, un poco influenciado por su época de fines de siglo pasado. El autor no ha hecho sólo una definición de su profesor imaginario, se ha descrito a sí mismo.

Veamos el talante de Juan de Mairena en estas reflexiones que vienen a continuación. Su brevedad y concisión no empobrecen en absoluto la lucidez del razonamiento. El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad.

Las prácticas crueles, a pesar de nuestra afición a los toros, no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno. Si ves que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco.

Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva dos dedos a la boca y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero, probablemente él lo aplaudió también. Silba al aplauso.

A partir de 1900 aparece la obra poética de Juan Ramón Jiménez, neorromántico y modernista, y mucho más. Su poesía es personalísima, intimista y altamente subjetiva. Fue depurando su estilo a lo largo de su fecunda obra en búsqueda de la perfección constante de lo mismo.

Llegó a aislarse de todo lo que le rodeaba y de todos en un ensimismamiento metafísico.

Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas. Pero el mejor testimonio es la voz del propio Juan Ramón, recitando Canción del alma de San Juan de la Cruz.

En una noche oscura, con ansias en amores inflamada, oh dichosa aventura, salí sin ser notada, estando ya mi casa asociada. A oscuras y seguras, con la secreta escala disfrazada, oh dichosa aventura, a oscuras y enceladas, estando ya mi casa asociada. En la noche dichosa, en secreto, que nadie me veía, ni yo miraba cosas, sin otra luz, ni guía, sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba más cierto que la luz del mediodía, adonde me esperaba quien yo bien me sabía, en parte donde nadie parecía. Oh noche que guiaste, oh noche amable más que la alborada, oh noche que juntaste amado con amada, amada en el amado transformada. En mi pecho florido, que entero para él solo se guardaba, allí quedó dormido, y yo le regalaba, y el ventalle de cedros a aire daba.

El aire de la almena, cuando yo sus cabellos esparcía, con su mano serena en mi cuello hería, y todos mis sentidos suspendía. Quedeme y olvideme, el rostro recliné sobre el amado, besó todos y dejeme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado. Seguidamente escuchen el poema de Juan Ramón, apareció desnuda toda.

Vino primero pura, vestida de inocencia, y la amé como un niño. Luego se fue vistiendo de no sé qué ropajes, y la fui odiando sin saberlo. Llegó a ser una reina, fastugosa de tesoros, que iracundia de gel y sin sentido.

Mas se fue desnudando, y yo le sonreía. Se quedó con la túnica de su inocencia antigua. Creí de nuevo en ella, y se quitó la túnica y apareció desnuda toda.

Oh pasión de mi vida, poesía desnuda, mía para siempre. Otros modernistas, Manuel Machado, Villas Pesa, no alcanzarán la profundidad esencialmente poética de Juan Ramón. Inspirador de toda una poética posterior íntima, como la de Gerardo Diego, Jorge Guillén, incluso Alexandre, han recibido su influjo.

Otros de los hitos culturales de esta primera época del siglo XX, que para entendernos establecemos entre 1900 y 1923, estará en los novecientistas. Son los peor conocidos. Miró, Azaña, Marañón, Ortega, Pérez de Ayala, progresistas moderados, admiradores de la cultura alemana, muy preparados intelectualmente, buscarán unificar criterios y vertebrar una solución para los problemas de España.

Contalante, filosófico, conciliador, pretendieron aunar lo que luego la historia haría irreconciliable. Cierta escepticismo agnóstico, respetuoso con las tradiciones. Trataron de europeizar España.

Oigamos ahora un fragmento de la flemática correspondencia epistolar que imagina Eugenio D'Ors en introducción a la vida angélica. Tras de un intervalo, al cual seguirán otros, hasta el fin, el fin decimos, aunque nuestra correspondencia en realidad no ha de concluir antes seguir eternamente abierta. Perdón por tanto tiempo sin escribir, ahora que habíamos cerrado la

historia e íbamos por fin a saludar algunas de las consecuencias prácticas de la doctrina angélica.

Las condiciones de nuestro vivir han cambiado, empezando por lo profesional, de lo cual pecaríamos lamentándonos. También el exceso de ocupación y la prisa tienen un valor nutritivo para quien de estos males se sabe servir. El vividor de lo angélico todo, hasta lo aparentemente prohibitivo, logrará ponerlo a contribución.

En todo encontrará riqueza de sustancia. A nosotros, por ejemplo, esa nueva etapa profesional nos mezcla mucho entre los hombres. Nos fuerza a cada paso a descender de la metafísica a la psicología concreta.

Mejor, así como así me tocaba ahora hablaros, entre otras cosas, de la biografía, del retrato, de los problemas de la edad madura en nuestra existencia. En cada una de estas realidades vamos a perseguir la presencia del ángel y probablemente a descubrirla. Y en ti filotea, en ti para ayudarte, para que lo que fue azarosa si miente llegue al alumbramiento.

¿Cuántos meses se cumplen ahora desde que te sabes dos? Otra vez hemos de pedir excusa. Por un momento, y en lo que al destinatario se refiere, esta carta ha abandonado el plural. Mi correspondencia volverá a emplearlo regularmente.

Pero no respondo, no, de posibles olvidos. Esta indecisión, este equívoco, son la vida misma. Filotea, filotea una y trina.

Tu soledad está ya curada. Vive. A partir de 1917 en Europa surge el desencanto.

Ensombrecidas las esperanzas con el balance final de la gran guerra, el éxito se siente como fracaso. Es sólo producto de la convulsión y la muerte de millones de seres en las trincheras. Tristán Sará, un rumano afincado en Francia, fundará el movimiento Dada.

Dada es expresión onomatopéyica del balbuceo infantil. Simboliza que hay que empezar de nuevo, rechazar las normas culturales que están desprestigiadas. Se agrupan alrededor de este movimiento figuras que más adelante serán los hitos de la cultura francesa.

Breton, Aragón, Éluard. Manifestaciones de independencia y libertad se conjugan con un afán de expresarse como revulsivo de todo lo anterior. El hombre deberá responder a sus impulsos, nada de contención.

También una desconfianza hacia la comunidad bien pensante y adocenada. Este movimiento quedará superado por un manifiesto cultural que aparecerá en 1924 firmado por André Breton y que establecerá los postulados del surrealismo. Este pretende la subversión en todos los órdenes, desobediencia total, sabotaje sistemático, revolución incondicional.

Estas intenciones así formuladas fueron acogidas con entusiasmo por todas las vanguardias europeas. Pintores como Picasso y Dalí, cineastas, el cine es un nuevo medio de expresión,

Buñuel, Breton, en España se sienten atraídos por esta corriente de poetas como Lorca, Alberti, Cernuda, Salinas, Gerardo Diego. La llamada generación del 27.

En líneas generales los surrealistas no admiten las represiones del pensamiento formal, lógico. Aplican el esquema de la personalidad de Freud. El hombre está configurado por lo subconsciente, sueños e imágenes mentales que afloran sin orden ni sistema son también reales.

La poesía es la forma más pura de expresión y que mejor responde a estos postulados. Oigamos ahora la opinión de Damaso Alonso acerca de todos estos acontecimientos. Pero de 1927 en adelante ocurren cosas muy graves.

Por fuera buye el surrealismo cuyo manifiesto por André Breton es de fines de 1924. Suelen los historiadores de la literatura comparada sudar y trasudar a la busca de influjos. Olvidan sin embargo algo muy importante.

El hecho evidente todos los días, por muy misterioso que sea, de las emanaciones difusas, de eso que está en el aire. Es evidente que los elementos oníricos son lo que da transmundo y misterio a la poesía de Federico desde sus primeras canciones, mucho antes de todo superrealismo. Cuando Vicente Aleixandre entre 1928 y 1929 escribe su pasión de la tierra, del surrealismo francés lo ignora todo.

Con este libro y con Sobre los ángeles de Alberti ha comenzado una nueva era poética. Siguen Espadas como labios, 1932, y la destrucción o el amor, 1935, de Aleixandre y Residencia en la tierra de Neruda, la primera parte publicada en Chile en 1933. Ha comenzado una nueva época de poesía española, época de grito, de vaticinio o de alucinación o de lúgubre ironía.

Aquí podemos objetar a Damaso que si Aleixandre u otros poetas no conocen profundamente a los surrealistas franceses, si los conocen íntimamente Buñuel, Dalí, Alberti, es decir, el surrealismo está en el ambiente. Nuestros poetas rescatan los usos metafóricos del barroco. Escuchemos este fragmento de Alberti lleno de imágenes que recuerdan a la obra de Góngora, pertenece a Cali Canto.

Las célicas escalas fugitivas y al son resbaladoras de las nocturnas horas, de verde timbre al despintado y frío, despiertan de las álgidas esquivas, dríadas del rocío, de la escarcha y relente, su azul inmóvil, su marfil valiente. Escuchemos ahora una imagen goyesca, interpretación de una pintura negra de Goya. Está en el magnífico libro de Alberti a la pintura.

Hay aquí una fuerte inspiración de la lírica tradicional, de la poesía popular, también elevada a la categoría más alta por nuestros poetas del 27. La dulzura, el estupro, la risa, la violencia, la sonrisa, la sangre, el cadalso, la feria, hay un diablo demente persiguiendo a cuchillo la luz y las tinieblas. De ti me guardo un ojo en el incendio, a ti te dentelleo la cabeza, te hago curgir los húmeros, te sorbo el caracol que te hurga en una oreja, a ti te entierro solamente en el barro las piernas, una pierna, otra pierna, golpea, huir pero quedarse para ver, para morir sin

morir, oh luz de enfermería, ruedo tuerto de la alegría, aspavientos de la agonía cuando todo se cae y en adefesio España se desvae y una escoba se aleja, volar, el demonio, senos de vieja, y el torero, Pedro Romero, y el desangrado en amarillo, pepeillo, y el anverso de la duquesa con reverso, y la borbón es perpenticia, con su borbón es perpeticio, y la pericia de la mano del santo oficio, y el escarmiento del más espantajado fusilamiento, y el repolludo cardenal narigado, narigudo, y la puesta de sol en la pradera, y el embozado con su chistera, y la gracia de la desgracia, y la desgracia de la gracia.

La guerra civil. Los acontecimientos no favorecen a la literatura, no obstante vamos a escuchar unos breves fragmentos de cancionero y romancero de ausencias de Miguel Hernández escrito en plena guerra entre 1938 y 1941. Por su forma este poema engarza perfectamente con el imaginismo de los poetas del 27.

Escuchen. La cantidad de mundos que con los ojos abres, que cierras con los brazos, la cantidad de mundos que con los ojos cierras, que con los brazos abres, la cantidad de mundos que con el cuerpo abres, inunda las ciudades, la cantidad de cosas que con el cuerpo quemas, hacen de mi la hoguera. Y tras la guerra civil viene el éxodo de la mayoría de nuestros mejores autores.

Su compromiso con la opción republicana no les da otra alternativa. Sirva de testimonio este desgarrado fragmento final de la oda rota de León Felipe. Pasad sepultureros, pasad con vuestras palas y vuestros azadones, no enterréis el cadáver del hombre junto al río, llevádelo al arrenal, escondedlo en la tierra seca y machorra del desierto.

Que no lo encuentre el agua ni la luz, ni la caricia picante del estiércol. Que no germine más. ¿Para qué prolongar esta semilla si no da más que un árbol, con diezmos para el mago, con frutos para el dogo y un recio pergamino para los tambores de la guerra y los sinfolios vergonzosos de la historia? No podemos dejar de ofrecer la magnífica voz del propio León Felipe.

Romero solo, ser en la vida romero, romero solo que cruza siempre por caminos nuevos, ser en la vida romero sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo, ser en la vida romero, solo romero, que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo, pasar por todo una vez, una vez solo y ligero, ligero, siempre ligero. Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo, ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos, para que nunca recemos como el sacristán los rezos, ni como el cómico viejo digamos los versos. La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos, decía el príncipe Hamlet, viendo cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo un sepulturero.

No sabiendo los oficios, los haremos con respeto, para enterrar a los muertos como debemos, cualquiera sirve, cualquiera menos un sepulturero. Un día todos sabemos hacer justicia, también como el rey hebreo la hizo Sancho el escudero y el villano Pedro Crespo. Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo, pasar por todo una vez, una vez solo y ligero, ligero, siempre ligero, sensibles a todo viento y bajo todos los cielos, poetas, nunca cantemos la vida

de un mismo pueblo, ni la flor de un solo huerto, que sean todos los pueblos y todos los huertos nuestros.

Pero la historia sigue su curso y España recupera la voz. Aparece la poesía un tanto vacilante de Dama Solón, sus hallazgos son mejores como crítico y estudioso de nuestros mejores autores que como poeta. La narrativa encuentra su camino, Camilo José Cela lo inicia con dos magníficas novelas, La colmena y la familia de Pascual Duarte.

Escuchemos un fragmento de esta última que no es precisamente alegre. El entierro del hermano pequeño que ha muerto a consecuencias de los mordiscos de los cerdos, lo refiere Pascual. Su entierro, como año atrás fue el de mi padre, fue pobre y aburrido y detrás de la caja no se hubieron de juntar, sin exageración, más arriba de cinco o seis personas.

Don Manuel, Santiago el monaguillo, Lola, tres o cuatro viejas y yo. Delante iba Santiago con la cruz, sirvandillo y dando patadas a los guijarros. Detrás la caja, detrás don Manuel con su vestidura blanca sobre la sotana, que parecía como un peinador.

Y detrás las viejas con sus llores y sus lamentos, que mismo parecía a quienes las viese, que todas juntas eran las madres de lo que iba encerrado camino de la tierra. Lola era ya por entonces medio novia mía y digo medio novia nada más porque en realidad, aunque nos mirábamos con alguna inclinación, yo nunca me había atrevido a decirle ni una palabra de amores. Me daba cierto miedo que me despreciase y si bien ella se me ponía a tiro las más de las veces porque yo me decidiese, siempre podía más en mí la timidez que me hacía dar largas y más largas al asunto, que iba prolongándose ya más de lo debido.

Como la de Doitisoló, el Jarama de Cerlosio y tantas cosas nos faltan, esperemos otra vez contar con más.